4 junio 1962

(51)

SOL

por **Joaquín CALVO-SOTELO**

De la Real Academia Española

EN el breve espacio de veinte años ciertos sectores de costa española de una mínima densidad demográfica, que habían llevado desde siempre una vida sin relieve, se han poblado, se han parcelado, han convertido sus huertos en solares y urbanizaciones, han multiplicado sus villas y sus hoteles, y se han hecho, en suma, paradisíacos centros turísticos capaces de rivalizar con los mejores del mundo. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué ha pasado aquí, entre Málaga y Estepona, y allí, de Rosas abajo hasta Alicante, vía Benidorm, vía Sitges y en Mallorca? ¿Qué ha pasado para que ese singular fenómeno se produzca, para que esa transformación se opere? ¿Qué vetas de oro, qué yacimientos de uranio han alumbrado a la superficie de la tierra? ¿Qué buscan esos aviones cargados de viajeros procedentes de los más remotos puntos del globo, esas caravanas de autobuses, esos exploradores aislados que tribulan los más ricos y destartalados automóviles que circulan por Europa? ¿Qué es lo que sucede? Pues simplemente que se ha descubierto el Sol, que el sol, despreciado durante muchos lustros por nuestros padres y nuestros abuelos, a los que, con tal de huirlo, les parecían bien las lluvias y los fríos del Cantábrico, el duro clima norteño—boina e impermeable—se han dado cuenta de su error y lo rectifican, concediendo a ese benéfico astro la importancia que merece. Y he aquí que, de pronto, el mundo se da cuenta que España, país tan maltratado por la Naturaleza, que tanto dista de merecer los elogios de Alfonso el Sabio, país destruído por la incuria de sus habitantes como ningún otro del universo, en el que casi todo es difícil y limitado, gira bajo un sol que, si en ciertas zonas agosta y calcina la tierra y los frutos, en otras dora y vivifica cuanto toca, enciende los sentidos, entibia la sangre y llena de molicie y de ardiente luz el descanso del hombre. Se ha dado cuenta, además, de que ese Sol no es avaro de su presencia ni se regatea, ni se oculta pudoroso entre nubes, mortecino y friolero, sino que le gusta precidir personalmente, en su trono celeste, el mismo espectáculo que ilumina con sus rayos y que se le puede ver desde que amanece hasta que anochece con la sola excepción de unas semanas de lluvias a lo largo de los trescientos sesenta y cinco días del año. Entonces, oleadas de turistas arrepentidos de sus antiguos desdenes, corren afanosos a su encuentro y se instalan para no perder un solo regalo de sus caricias, allí donde se exhibe incansablemente en su reino.

El proceso ha sido lentísimo y viene de atrás. Desde que la palidez de los rostros femeninos dejó de ser un afrodisíaco para el amor; desde que el primer síntoma de tisis ahuyentó en lugar de atraer a los galanes, las cosas empezaron a evolucionar a favor del sol y en contra de las nieblas. Desde que el más costoso de los maquillajes fué reemplazado con ventaja por el que el yodo y el sol reparten sobre la piel femenina, las playas en las que el mar y el clima son amables y de manera espontánea y natural lo producen empezaron a ser buscadas y mimadas por doquiera. Nosotros las teníamos desde la aurora del mundo, pero yermas y vacías, sin saber cuál sería su valor muy pronto, cuál su destino. Era preciso que se operase esa evolución en el gusto de las gentes, tan lógica, tan natural y que los modernos medios de transporte pudieran acercar multitudes, empalidecidas por el frío, a esas ferias de luz en pocas horas y a precios económicos, para que el litoral español cobrase un auge cuyos índices de plusvalía baten todas las marcas conocidas. Para que pongamos los puntos sobre las íes y hagamos, de paso, acto de humildad, convendrá reconocer que por cada viajero que traen a España las agujas de la catedral de León o los cuadros del Prado o los puentes de Toledo, traen cincuenta las virtudes termométricas de nuestras costas. Para que no nos envanezcamos demasiado con otro tipo de conquistas, convendrá también que sepamos que no hay rama de la agricultura ni de la industria que determine una afluencia de divisas comparable a las que el turismo ingresa en nuestro erario.

Hagámonos, por tanto, heliófilos, ya que al Sol le somos deudores de tanta y tan insospechada fortuna y entronicémoslo como el bienhechor por excelencia de nuestro país. Y complementémoslo. Permitamos disfrutarlo, a quienes lo veneran, con economía, con liberalidad y con alegría. No nos ceguemos de avaricia. No nos sintamos excesivamente doctrinarios ni proselitistas, no fruzamos el ceño suponiendo que al otro lado de los Pirineos todo es corrupción y piedra de escándalo. Nos ha tocado una quiniela sensacional. En un pueblo como el nuestro, en el que la lotería es uno de los modos de enriquecimiento súbito con el que todos sueñan y al que con tanta expedición se recurre para desenlazar las comedias, las novelas y los cuentos de hadas, he ahí que la varita mágica de la suerte trasmuta de repente casitas de pescadores en hoteles de lujo, "playas las de Lloret", en playas las de Miami, y lanza a las carreteras de tercer orden, por las que todavía la llanta de los carros deja su huella bochornosa, millones de visitantes. Los gañanes se doctoran en cortesías, los barqueros se convierten en gondoleros, las fanegas se contabilizan en palmos, las boniteras ceden sus puestos a los balandros y a los yates y los tenduchos de baratijas se hacen "boutiques" a la moda. ¡Qué bien, queridos compatriotas, qué bien!

Llevamos años gastando sumas ingentes en calicatas y exploraciones a la busca de un petróleo que, por desgracia, no aparece aún. Pero de la tacañería del subsuelo nos compensa la bondad del cielo. El petróleo brilla por su ausencia. El Sol, por su presencia. Ojalá, para bien de nuestra economía, se mantengan en permanente alza las acciones del sol y sus dividendos; ojalá, gracias a él, nuestro viejo aliado, se llenen nuestras arcas de divisas y nuestro país de amigos. La verdad sea dicha, harto necesitados estamos de ambas cosas.